



El autor en el monumento granadino de San Juan de la Cruz.

San Juan de la Cruz

El hombre y su poesía

Guillermo Sena Medina



UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN ANTONIO

2010

SAN JUAN DE LA CRUZ, EL HOMBRE Y SU POESÍA

© Guillermo Sena Medina

© Fundación Universitaria San Antonio

I.S.B.N.: 978-84-96353-99-2

D.L.: MU-966-2010

Edición realizada para la Universidad Católica San Antonio
por Gráficas Antolín Martínez, s.l.
www.grafamar.com

Impreso en España. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso expreso
y por escrito de los titulares del Copyright.

DEDICATORIA:

Al Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Cardenal
D. ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA,
Doctor "*Honoris Causa*"
por la Universidad Católica San Antonio
de Murcia.

AGRADECIMIENTO:

A la Universidad Católica San Antonio de Murcia,
y en ella al Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS MENDOZA

INTRODUCCIÓN

NUESTRA EDICIÓN

Se cumple, con este libro, basado en una edición personal de las Poesías Completas de San Juan de la Cruz, una ilusión que nos ha llevado a estudiar la vida y obra del poeta carmelita durante casi cuarenta años. Y es que cuando, en 1974, iniciamos la Colección La Peñuela en La Carolina (Jaén) lo hicimos con una edición local de la obra poética de nuestro Santo Patrón con la pretensión de acercarla al pueblo. Como decía, no fue una edición crítica, lejos de nuestra intención y posibilidades de entonces, sino una ofrenda para que San Juan de la Cruz no sólo fuera el Patrón al que se venera en la antigua Peñuela sino también el gran poeta que debía ser más leído y meditado allí. Después han sido numerosas las publicaciones, conferencias y recitales sobre el Doctor místico que hemos realizado, a los cuales nos remitimos.

Aquel pequeño libro, por formato, recogía solamente los veinte poemas sanjuanistas de absoluta autenticidad, según la crítica más rigurosa, y se quedaron nonatas aportaciones que ahora nos atrevemos a hacer, viendo que algunas han sido presentadas por autores especializados. Entonces, seguíamos escribiendo en la presentación, pensamos que los atribuidos, con más o menos fundamento –alguno ciertamente suyo–, ofrecen un indudable interés, y merecían presentarlos en otro volumen. Por fin se cumple este ferviente deseo, que

INTRODUCCIÓN

debo agradecer, como profundamente hago, a la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

Que esta prestigiosa Universidad se haya decidido a publicar las poesías de San Juan de la Cruz no es un hecho casual. Como es conocido, el Doctor Carmelita tuvo una estrecha vinculación con Caravaca de la Cruz, ciudad murciana a la que acudió en siete ocasiones, para la fundación del convento de Carmelitas Descalzos que aún perdura y para visitas a las Descalzas, con cuya priora, María de San Alberto, tuvo una correspondencia fluida.

La Universidad Católica San Antonio organiza actividades relacionadas con el santo. En el Ciclo de Literatura y Mística Cristiana, San Juan de la Cruz, del 13 al 18 de marzo de 2005, participamos con una conferencia sobre “Juan Pablo II y San Juan de la Cruz” y con la presentación de nuestro libro “Tiempo de Pasión y Poesía (Selección de sonetos de Semana Santa)”, editado por esta universidad. También en la misma colección de libros de poesía, apareció nuestro “A zaga de tu huella”, poemario dedicado al frailecico de La Peñuela. Por lo tanto, este libro es un paso más en el acercamiento de la Universidad a la figura universal de San Juan de la Cruz.

La poesía de Juan de Yepes ha dado lugar a infinidad de ediciones, estudios críticos, comentarios, etc. que hacen muy

INTRODUCCIÓN

difícil, incluso para el Teresianum de Roma o para “El Monte Carmelo” de Burgos, realizar una completa bibliografía. Tantos millones de páginas se han escrito sobre la obra de nuestro Doctor Místico que resulta una misión imposible estudiarlas todas. Se ha plantado tal bosque alrededor de los poemas del carmelita descalzo que se puede llegar a perder la esencia personal de sus versos. Su fuerza original, su belleza inmensa, su esencial sencillez se ven sacudidos por un ciclón de interpretaciones, de explicaciones, de fijaciones de texto, de influencias y antecedentes, etc. que pueden oscurecerlas para el lector normal, y más para el que acude por primera vez a esta “fonte que mana y corre”.

Naturalmente, no quiero hacer, con lo anterior, una crítica a la crítica sanjuanista, siempre necesaria y la mayoría de las veces acertada y enriquecedora. Las páginas escritas por Dámaso Alonso, Camón Aznar, Crisógono de Jesús, Orozco, Baruzi, Ivonne Pelle-Douël, etc, etc., de hace años, o las más actuales de Eulogio Pacho, Yndurain, Cuevas, Padre Efrén Montalva, Otger Steggint, García de la Concha, Paola Elía, etc, etc. etc., han dado una trascendental dimensión a la obra del Doctor de la Iglesia, universalizando, aún más, su conocimiento. Sería, además, una contradicción por mi parte, cuando en mis trabajos anteriores y en esta edición en especial pretendo contribuir, en la medida de mis pobres fuerzas, a esa labor de estudio y divulgación.

INTRODUCCIÓN

En realidad pretendemos hacer una edición sencilla pero, a la vez, razonada y acorde con la crítica en general, en la que, junto a los poemas indubitados, aparezcan otros que deben enriquecer la siempre pequeña nómina de poemas juancrucianos, tarea difícil y arriesgada pero que pensamos necesaria en los albores del siglo XXI. Incluir poemas atribuidos al Santo, que o no son suyos o no está demostrado que lo sean, es más por una razón de complementar la materia que por una ampliación innecesaria de textos, aunque se hagan algunas sugerencias. Y así, frente a cada poema, expondremos pequeños comentarios explicativos y, en su caso, brevemente las razones que nos inducen a incluirlos. El libro, por tanto, tendrá tres partes separadas. La primera dedicada a las veinte poemas no controvertidos por la crítica; la segunda incluirá “otros” poemas de San Juan de la Cruz que deben ser tenidos en su haber y otra tercera recogerá referencias a los atribuidos con más o menos fortuna. Se observará que, en el libro, nos ocupamos poco de su prosa. Nos centramos, como se indicia desde el inicio en su poesía. Sin embargo queremos destacar brevemente el valor poético de esa prosa. Valga para ello unas frases de Alfredo Cárdenas: “Si hubiéramos de definir su prosa, diríamos que él sigue siendo poeta en ella”. Y, al hablar de la Llama dice: “parece que no pueda contener su propia emoción. De aquí salen las “incontroladas” exclamaciones,

INTRODUCCIÓN

los apóstrofes que llegan sin ninguna duda a convertir el texto en un verdadero poema en prosa” (Santa Teresa..., p. 216). Estos valores poéticos de la prosa sanjuanista son los que queremos aducir para las “otras” poesías que deseamos incluir en su limiada producción.

Respecto a nuestra edición, utilizamos los textos seguidos por la mayoría de las ediciones modernas, aunque anteponeamos los títulos conocidos y usuales antes que el de los manuscritos. En general evitamos las citas amplias, al reflejarlas dentro de los comentarios que hacemos a los poemas y referirse a las publicaciones que figuran con el autor correspondiente en la bibliografía que se incluye al final del libro. Y una cosa más, el variar el título inicial del libro ha sido sugerido por razones editoriales por D. Antonio Lago, encargado del Servicio de Publicaciones de la UCAM, al que agradecemos su interés, su consejo y su paciencia.

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

De Juan de Yepes y Alvarez se saben ya muchas más cosas que las conocidas a través de la hagiografía, principalmente carmelitana, que se inició pocos años después de su muerte en 1591 en Úbeda (Jaén). Para reflejar los momentos puntuales de su vida nos remitimos a la cronología breve que incluimos después, ahora nos vamos a limitar a reflejar algunos aspectos significativos de su tránsito terreno o de la abundante crítica historiográfica que manejamos.

Su nacimiento en Fontiveros (Ávila) el día 24 de junio de 1542, en el seno de la familia formada por Catalina Alvarez y Gonzalo de Yepes, inicia una vida marcada por el servicio a Dios y a la Orden Carmelita Descalza que se esfuerza en reformar bajo la dirección de Teresa de Jesús. Las razones para apoyar la fecha de su venida al mundo las dimos en un trabajo anterior, apoyándome en autores como Ximena Jurado y Muñoz Garnica, entre otros, pues, si tenemos una fecha bastante aceptada, no encontramos motivos para rechazarla salvo prueba en contrario, que hasta ahora no existe. La ascendencia posiblemente morisca de su madre ha dado pie a diversos comentarios, pero para nosotros no supone un demérito, sino todo lo contrario, un aliciente más para mostrar el amor conyugal y la grandeza de ánimo de la mujer que, viuda pronto, se esfuerza por salir de la pobreza y de las dificultades, ayudada por una profunda religiosidad que transmite a sus dos hijos, Francisco y Juan, Luis fallece niño. Los distintos cambios de residencia, hasta acabar en

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

Medina del Campo, son buena muestra de esa necesidad y de su energía vital.

La infancia de Juan estuvo marcada, sin duda, por tantas desventuras, pero no exenta, como niño, de afectos y travesuras, aunque pronto, gracias a Alonso Álvarez de Toledo que estaba al frente del Hospital de la Concepción, tuvo la oportunidad de ingresar en la Escuela de la Doctrina que, por su bondad natural y su inclinación religiosa, le abrió las puertas a una formación cultural muy superior a lo normal en su tiempo. “Tres rasgos destacan en estos años decisivos, comenta Federico Ruiz Salvador: la piedad, en los servicios de iglesia como acólito; el amor a los enfermos, pidiendo limosnas y ayudando en el hospital; la afición a los estudios de humanidades, que sigue con regularidad en el colegio de los jesuitas durante cuatro años (Introducción.. p.4)”.

Con 21 años, sabiendo claramente lo que hacía y siguiendo un vocación decidida, ingresa en el noviciado de los carmelitas en la misma ciudad vallisoletana, tomando el nombre de fray Juan de Santo Matía. Profesa y va a la universidad de Salamanca para estudiar filosofía y teología durante cuatro cursos. En estos años hay que destacar sus primeras muestras de dirección de religiosos, su recogimiento interior y su ordenación sacerdotal, además de un indudable acercamiento a la poesía de fray Luis de León. En el verano

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

de 1567, cuando canta su primera misa en Medina, se produce su decisivo encuentro con la madre Teresa de Ávila y su ideal de reforma de la Orden Carmelita.

El 28 de noviembre de 1568 es un día decisivo en la vida de fray Juan. Con dos frailes inicia la reforma masculina de los carmelitas en el lugar de Duruelo; se descalza y cambia su nombre por el de Juan de la Cruz. De allí se traslada el convento a Mancera de Abajo, en 1570, y, luego, va a Pastrana, rector de Alcalá de Henares, y Ávila con Santa Teresa en la Encarnación. Allí sufre la persecución de los calzados. Es secuestrado la noche del 2 de diciembre de 1577 y llevado a Toledo, donde sufre la dureza de la cárcel conventual en una celducha oscura y estrecha de la que apenas sale hasta que consigue huir tras nueve meses de cautiverio. Pero la soledad y la penitencia le servirán de acicate para acentuar su deseo de perfección y de acercamiento místico a Dios, descargando su alma en la composición de encendidas poesías: los romances, “la Fonte”, el primitivo Cántico Espiritual: “¿Adónde te escondiste, Amado...?”.

Entra en Andalucía, tras el capítulo de Almodóvar del Campo, por La Peñuela, en un itinerario por Mestanza y el centro de Sierra Morena (el actual Centenillo y no por Despeñaperros), como explicamos en su día, elegido superior del convento de “El Calvario” de Beas de Segura, entonces perteneciente al obispado de Cartagena, Reino de Murcia,

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

de la Orden de Santiago. Esta circunstancia hace que no le alcancen las consecuencias del Capítulo de Plazenza (Italia). Los paisajes jiennenses de la Sierra de Cazorla le enamoran, aunque, como decía Teresa de Jesús, tuvo su rechazo a esta tierra, pero sólo al principio, pues luego también le conquistarán Granada y la soledad de La Peñuela.

Tras los meses de priorato de El Calvario, donde escribe y asiste a las monjas de Beas, funda en Baeza el Colegio universitario, ganándose el afecto y la admiración de la ciudad, entonces gran centro espiritual y académico que seguía las enseñanzas de San Juan de Ávila. Participa en el Capítulo de Alcalá y es elegido tercer definidor. Luego, en 1582, es elegido prior de Granada, iniciando su gran etapa de escritor, pues en los seis años de mandato, con el nombramiento intermedio de Vicario Provincial de Andalucía, dio término a sus grandes obras en prosa, sus obras mayores: “Subida al Monte Carmelo”, “Noche oscura”, “Cántico Espiritual” y “Llama de amor viva”.

Sus continuos viajes le llevan por toda Andalucía, por Lisboa y hasta Caravaca de la Cruz. Unos 25.000 kilómetros recorre, a pie o en jumentos, en su andadura terrenal, desplegando una actividad fundadora muy notable. Baeza, Málaga, Mancha Real, Caravaca... dan fe de ello, cambiando la idea de fraile contemplativo y estático por la de un incansable andariego y un buen gestor de todo el proceso

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

reformador carmelita. En el primer Capítulo General de la Descalcez es nombrado Primer Definidor con residencia en Segovia, de cuyo convento será superior. Tres años de oración, obras conventuales y dirección espiritual que se verán cortados por sus ideas contrarias a las del Padre Nicolás Doria sobre diversos temas. El nuevo Capítulo de junio de 1591 le deja sin cargos, destinándole a México, pero se instala en La Peñuela, donde sufrirá un proceso gangrenoso que le llevará a curar a Úbeda, donde muere el 14 de diciembre de ese año.

La enfermedad y muerte del santo tendrán para nosotros dos consecuencias inmediatas, la cancelación de la expedición misionera a Nueva España, ya que tenía que ser el Capítulo de la Orden quién eligiera nuevo superior, y la imposibilidad de dar fin a sus escritos, siendo esta la causa que no encuentra Baruzi, pues de no haber contraído la infección que le causó la muerte, junto con las curaciones tremendas a las que fue sometido, no hay duda de que habría continuado con su actividad literaria, pues sus 49 años habrían seguido dando fruto.

En lo que respecta a su presencia física, se ha dado un retrato que creemos no se ajusta del todo a la realidad. La idea de “medio fraile”, con la que lo bautiza Santa Teresa, le hacen aparecer más bajo de lo que realmente era. Dos son las semblanzas que se manejan: Fray Eliseo de los

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

Mártires, que le trato mucho, dice que “fue un hombre de mediano cuerpo, de rostro grave y venerable, algo moreno y de buena fisonomía...”. El otro, fray Jerónimo de San José, escribe: “Era el venerable Padre de estatura entre mediana y pequeña, bién trabado y proporcionado...”, pero él no lo conoció personalmente. Pero tenemos unos datos reales, los proporcionados por los reconocimientos forenses de sus huesos que se hicieron en 1992 por el equipo italiano de científicos que “cuidan de los santos”, que confirman su estatura de un metro y sesenta centímetros, lo que para el siglo XVI era normal y más que la media. Declaraban: “Aplicando las tablas de Torler, teniendo en cuenta las dimensiones de la tibia derecha, San Juan debía medir un metro sesenta. No era muy bajo para la época, pero quizá caminaba un poco curvado, y por esto, como Santa Teresa era una mujer alta –medía un metro setenta- le parecía bajito y le llamaba “mi medio fraile” (ABC29-11-92)”. Pensamos que queda claro que para su estatura no es adecuada la expresión de Luce López-Baralt de que “nunca alcanza más de un metro cuarenta y ocho centímetros”(p.17 de Obra Completa).

En cuanto a su enfermedad, confirman que murió de una “erisipela” que degeneró en una septicemia, una infección generalizada de estafilococos, que empezó en la pierna y se difundió por el cuerpo. A pesar de que un médico le cuidaba la herida, ésta no cicatrizaba, en parte porque San

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

Juan, con sus ayunos, estaba débil de defensas. Antes de ser amortajado, el santo fue bañado en esencia de trementina”, dijo la doctora Venturini. El doctor Palma confirma que empezó a curarse tarde: “llevaba, pues, dos semanas de evolución el proceso séptico”, y hace una amplia explicación del proceso de la enfermedad que le lleva a la muerte.

Sobre San Juan de la Cruz hoy tenemos un amplio y excelente repertorio de biografías. En nuestro criterio, hay tres grandes periodos en los que los escritos biográficos sobre el poeta místico carmelita se concentran: En primero es el de las hagiografías del siglo XVII. El segundo lo formarán los surgidos en la primera mitad del siglo XX. Y el tercero los publicados en torno a 1991, V Centenario de su muerte. Sobre las hagiografías se ha escrito mucho. Teófanos Egido empieza su trabajo “de la hagiografía a la historia” diciendo: “La biografía de San Juan de la Cruz plantea problemas que aún no se han acabado de despejar: sus “Vidas” (numerosas y excelentes desde otros puntos de vista) desde el principio del siglo XVII constituyen ejemplos clásicos del género hagiográfico más que del biográfico”. Esto lo escribió antes del aluvión de publicaciones del centenario, por lo que pensamos que, con ellas, ya se puede hablar de que se ha producido ese avance y que contamos con elementos más que suficientes para conocer amplia y detalladamente la vida del Santo.

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

Las clásicas hagiografías son las de José de Jesús Quiroga OCD, 1628; Jerónimo de San José (Ezquerria), 1641; Francisco de Santa María, 1655, la de Alonso de la Madre de Dios de 1630, para nosotros la mejor que no se editó hasta 1989, y la “Resunta...” de José de Santa Teresa de 1675. Entre este periodo y las del siglo XX hay que situar, como lazo de unión, la de Muñoz Garnica de 1875, con edición italiana de 1882. De principios del siglo XX tenemos las importantes de Baruzi (1924), Bruno de Jesús Marie (1929, edición española de 1943), y las algo posteriores de Silverio de Santa Teresa (1936), E. Chandebois (1943) y Crisógono de Jesús (1946, con numerosas ediciones hasta la actual completada por Matías del Niño Jesús).

En torno a 1991 se produjo una verdadera explosión de importantes publicaciones sobre el Doctor Místico, con la Orden Carmelita a la cabeza, que, como las anteriores, reflejamos en la Bibliografía final. Los libros de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggint, Javierre, “Dios habla en la noche”, “Juan de la Cruz, espíritu de llama”, etc. y las ediciones y reediciones de las Obras completas realizadas por Pacho, Federico Ruiz, López-Baralt, Elía, las “Advertencias...” de J. Vicente Rodríguez, etc., etc., amén de numerosísimos trabajos en revistas y diarios y las ediciones de El Monte Carmelo hacen que la mayoría de los aspectos biográficos de nuestro máximo poeta se puedan conocer con buena perspectiva. Naturalmente no queremos repetir

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

la relación más que centenaria de la bibliografía utilizada, por lo que dejamos así esta cuestión, aunque lógicamente siempre se podrán ir completando momentos y aspectos puntuales de esta apasionante vida.

Pero ahora lo que más nos interesa es referirnos brevemente al San Juan de la Cruz poeta, apasionante y no fácil cuestión, de la que, por otra parte se ha escrito aún más que de su biografía. Una vez más he de decir que en Fray Juan admiro al hombre, amo al poeta y venero al santo. Su vida es una azarosa existencia, un vuelo hacia la libertad espiritual, hacia la “libertad ibérica” que, en el decir de Guillén Martínez, es “premura desaforada de vida y hambre no satisfecha de eternidad”. Una vida activa y caminante, no solamente contemplativa y de escritor.

Como dice José Vicente Rodríguez, “a San Juan de la Cruz le hemos dado tantos títulos que uno más parece que no le cogerá desprevenido”. Incluso en estos días hemos visto que se le ha otorgado el patronazgo de los “raperos” (Blanca Guitard, en Alba 7-5-2010). Para nosotros es, además, un poeta mágico, en el sentido académico de “encanto o atractivo con que una cosa (su poesía) deleita o suspende”, él hace las dos cosas. Y un poeta “jondo”, en la mejor acepción flamenca del término, y no porque lo haya cantado Enrique Morente, sino por la profundidad de su sentimiento, la “soledad sonora” de su expresión y por los “sonidos negros” de su “música callada”, sus silencios mágicos.

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

En conjunto, la obra de Fray Juan, y el Cántico en particular, parecen la plasmación gráfica de un poco del gozo celestial que él percibiría con sólo cerrar los ojos. Es un trasvase a conceptos, a frases, a palabras bellísimos, a veces no muy comprensibles al hombre actual, preocupado más en lo material que en lo espiritual, de esas sensaciones inefables que su radiante amor y su inquebrantable fe otorgaban al santo carmelita. El tema rey sanjuanista es el amor, aunque otros como “la Noche” o “la Fonte”, sean aciertos místicos insuperables. Para él todo gira en torno al más noble sentimiento humano, el amor, un amor ennoblecido y unido a Dios, pues “adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor”, nos dirá.

El profesor Castro García, en lo que podría ser un resumen crítico de la poesía del carmelita, afirmaba: “Nada inventa San Juan de la Cruz; su filosofía y su teología tienen precedentes; su poesía deriva de los libros bíblicos; sus formas métricas son imitación de los italianos y de los viejos metros castellanos. Y sin embargo, jamás la poesía ha llegado a más alto grado de inspiración. Es preciso para comprenderla, afinar los sentidos y la inteligencia, porque el poeta construye su poesía sobre un alarde de los sentidos”. Efectivamente, la primera “fuente” lírica de San Juan de la Cruz es la Biblia, el Cantar de los Cantares, las “bellas margaritas” que le acompañarán hasta su muerte. Los comentarios que se pueden aducir son innumerables, mas es el mismo santo

SAN JUAN DE LA CRUZ: EL HOMBRE Y SU POESÍA

quien nos da las mejores y más reiteradas referencias. Otra fuente clara para su inspiración poética es la Naturaleza. No es de extrañar que Fray Juan, a su paso por La Peñuela y en la Sierra de Cazorla viera, por su ventura, directamente a los distintos animales que cita: “el ciervo vulnerado”, los “gamos saltadores”, las “raposas”, las fieras,... “la blanca palomica”, las “aves ligeras”, la “tortolica”,... los ganados. Y ello, en una conjunción de “bosques y espesuras”, de prados y de viñas, de huertos cuajados de flores y frutos, que nos parece está describiendo los parajes de nuestras sierras. Para Federico de Mendizábal “es importantísima la inmersión del místico dentro de la Naturaleza y llegamos con San Juan de la Cruz a un momento de suprema y ultraterrena belleza, de íntima unión entre Dios, el poeta y la Naturaleza”. La tercera influencia es la italiana del “Boscán”; las lirás aprendidas a través de Garcilaso de la Vega y Boscán, de Sebastián de Córdoba y de Fray Luis de León. Pero ello no le aleja de la literatura popular de su época, como se refleja en los Romances y ponen de relieve Dámaso Alonso y tantos otros críticos.

Es cierto que no hay que olvidar que sus versos “tuvieron un origen lírico-místico” (Ruiz Salvador), y que no pocos surgieron, como veremos al tratar cada poema, de sus propias experiencias humanas y espirituales. Como vino a decir a la monja que le interrogaba, alguna inspiración le venía del cielo, pero otras veces la ponía él mismo. “A pesar de su